

la Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-AUTOGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

RAFAEL DE URBINO

Nació Rafael de Urbino la noche del Viernes-Santo de 1483, el día 28 de Marzo. Manifestó desde muy niño brillantes disposiciones para el arte, tanto, que su padre, Juan de Santi, pintor, aunque adocenado, no tardó en enseñarle cuanto sabía, ni en pasarle de su taller al de Pedro el Perugino. Era Pedro de Perusa uno de los mejores artistas de su tiempo; seguía las buenas tradiciones de la escuela florentina, aunque era de la de Umbria, y pasaba, no sin razón, como el digno continuador de



Rafael de Urbino.

Giotto y de Masaccio. Rafael, dotado de un grande instinto de imitación, le tomó pronto la manera, el dibujo, el colorido: contaba poco más de veinte años cuando se confundían ya sus obras con las de su maestro.

En una gran fachada de Città della Pieve está pintada una Adoración de los Magos que data del año 1504; es preciso saber que es de Rafael para no atribuirle al Perugino. Presenta las mismas bellezas y las mismas faltas: el mismo encanto en el colorido, la misma gracia en las cabezas, la misma sujeción á los tipos místicos, la mis-

ma pobreza en los paños y la misma sequedad en las actitudes.

Se limitó Rafael á seguir las huellas de su maestro, hasta que pasó por segunda vez á Florencia, donde había sufrido el arte una revolucion profunda en manos de Leonardo de Vinci y Miguel Ángel. Estuvo en Florencia ya el año 1503, al decir de Camolli, pero no modificó su estilo hasta más tarde, en que volvió á la capital de los Médicis atraído por la fama de los célebres cartones de aquellos dos grandes artistas. Estaba á la sazón en Siena ayudando al Pinturichio á decorar las paredes de la Biblioteca del *Duomo*, y le abandonó repentinamente apenas tuvo noticia de tan bellas y originales obras.

El año 1508 estaba Rafael en Florencia; ignoramos si entró en aquel mismo año ó en años anteriores. Vió los cartones y descubrió un nuevo mundo. Acababa de salvar el arte el círculo de hierro que le había trazado el pensamiento de la edad media. No respetaba ya los antiguos tipos. Buscaba en la naturaleza la verdad de las formas y en el fondo del corazón el sentimiento. Aspiraba á unir el naturalismo con el idealismo, y los tenía en cierto modo unidos. Comprendió Rafael de una ojeada esa gran revolucion, y se propuso desde luego llevarla á cabo. No hay necesidad de probar si lo alcanzó ó no; basta ver la más insignificante de sus obras.

No pudo, por de contado, realizar en días ni en meses su idea. Muertos á poco sus padres, hubo de regresar á Urbino con el fin de arreglar su modesto patrimonio. Pintó algo en esta su patria, mas separándose aún muy poco de Pedro el Perugino. No así ya cuando bajó á Perusa, donde sedujo con su nuevo estilo á los más inteligentes en artes. Había abandonado también símbolos y mitos. Reproducía, aunque sin dejar de embellecerla, la naturaleza. Dejaba conocer que había estudiado sobre las ruinas del paganismo. Era más libre y grandioso en sus composiciones.

No estaba, sin embargo, satisfecho. Volvió á Florencia é hizo un detepido exámen de las obras de Vinci y Bounarotti. Gracias á su ya mencionado instinto de imitación, como se había asimilado ántes las bellezas del Perugino, se asimiló entónces las de esas dos lumbreras del arte. Reformó más radicalmente su estilo, y se atrajo pronto la

admiración de las gentes. Tuvo en Florencia íntima amistad con Fr. Bartolomé de San Marco, pintor que se distinguía por lo verdadero y agradable de su colorido, y acabó de perfeccionarse en el taller de tan insigne maestro.

Era Rafael uno de esos genios de que habla Goethe, que saben hacer suyo todo lo bueno de los demás, sin abdicar su personalidad ni dejar de ser originales en el conjunto de sus obras. Tomó no sólo de todos los artistas de su época, sino también de los poetas y hasta de los filósofos. Fué así tan grande en sus pensamientos como en el modo de ejecutarlos; reunió en una todas las maneras; completó su individualidad y apareció y aparece aún como la síntesis del arte. Le aventajan otros muchos en determinadas cualidades, mas no le iguala nadie en presentar bellamente armonizadas todas las que pueden desearse en una creación artística. El sentimiento no excluye en él la fuerza del raciocinio, ni la fantasía se ve nunca obligada á suplir la falta de sentimiento. Muchas de sus pinturas son verdadera ciencia sentida. La invención, la composición, el claro oscuro, la expresión y la actitud de las figuras, todo está en perfecto acuerdo y conspira al fin del cuadro.

Mas nos precipitamos sin sentirlo. Fué llamado Rafael de Florencia á Perusa, y pintó allí una de sus mejores obras: la Deposition de Cristo en el sepulcro. No nos detendremos en escribirla; no es hoy nuestro propósito dar á conocer ninguno de sus cuadros. Pero es, á no dudarlo, para inmortalizar al autor y revelar la extensión de sus vastas facultades.

Pasó nuestro artista de Perusa otra vez á Florencia, de Florencia á Roma, donde por la intercesión de Bramante, su deudo, debía pintar los nuevos salones del Vaticano. Empezó por el de la Segnatura, y pintó en cuatro grandes frescos la Filosofía, la Teología, la Poesía y la Jurisprudencia. No se limitó á simbolizar en otras tantas figuras esos cuatro ramos del saber humano; evocó los nombres de los que más habían acelerado los progresos del derecho, de todos los doctores de la Iglesia, de cuantos habían conmovido al mundo al son de la cítara ó del arpa, de los que habían fundado un sistema filosófico y sido jefes de escuela. Animar y caracterizar á tantos y tan distintos personajes, agrupados alrededor de una idea;

condensar en ellos la historia del arte y de la ciencia, era empresa que requería, no sólo imaginación, sino numerosos conocimientos, y sobre todo facultades capaces de comprender en todas sus fases la vida de la inteligencia y del sentimiento. Desempeñóla Rafael de una manera admirable, tanto que al ver Julio II los frescos, mandó borrar los anteriormente pintados y entregó sólo á sus pinceles todas las paredes del palacio.

Rafael dejó desde entónces eclipsados á todos sus rivales: fué el rey de los pintores. Todos los hombres de algun valor desearon conocerle; todos los que gozaron alguna renta quisieron poseer una obra de sus manos; todos los que aspiraron al título de artistas se hicieron sus discípulos. Activo, laborioso, de una fecundidad sin límites, satisfizo todas las demandas: frescos del Vaticano, retratos, grandes cuadros al óleo, cartones para tapices, todo lo intentó y lo llevó á cabo. Al fin no pintaba ya: diseñaba, bosquejaba y confiaba á sus alumnos la ejecucion de sus infinitos conceptos. Corregía luego la obra de esos brillantes jóvenes y les imprimía el sello de su genio.

¿Qué no hizo en el Vaticano? Pintó todas las grandes escenas de la Biblia, los días de la Creación, la caída de Adán, la rivalidad de Caín y Abel, la corrupción de las primeras generaciones, el diluvio, los hechos de los patriarcas, las terribles crisis del pueblo de Israel, las sublimes figuras de los Profetas, la cuna y el sepulcro de Cristo, los trabajos de los Apóstoles. Pintó además el castigo de Heliodoro, los milagros de Bolsena, la historia de Leon II y Leon IV, la consagración y la coronación de Francisco I, el incendio de Borgo.

Imposible parece realmente que pudiese ni llegar á concebir tantos ni tan variados argumentos. Pintaba, con todo, más para los particulares que para los pontífices. En todos los museos de Europa existen hoy cuadros de Rafael de Urbino, y en no pocas iglesias de Italia y de fuera de Italia. Calcúlese cuánto no habia de haber pintado.

Los pontífices Julio II y Leon X protegieron á este notable artista y le quisieron entrañablemente, poniéndole al frente de los trabajos del Vaticano, donde tanta riqueza artística fué acumulando el genio del cristianismo. Este pintor, célebre en todos los géneros, á quien apellidaron algunos el Ho-

mero de la Pintura, trabajó con exceso y no supo cuidar su salud ni su vida, que desahagadamente terminó en 1520, cuando apenas contaba Rafael 37 años.

HISTORIA NATURAL.

EL PERRO.

A la fuerza, agilidad y ligereza, reúne el perro otras excelentes cualidades que le hacen acreedor al cariño del hombre. Su naturaleza ardiente y hasta feroz, su valor indomito hacen al perro salvaje temible á todos los animales; pero estos instintos sanguinarios ceden su lugar en el perro doméstico á sensaciones más apacibles.

Depone sumiso á los pies de su amo su valor, fuerza y talento; aguarda atento sus menores mandatos para cumplirlos, y los comprende con una sola ojeada. Más sensible á la memoria de los beneficios que á la de los malos tratamientos, lame con humildad cariñosa la misma mano que acaba de castigarle; y con la sumisión y el sentimiento que manifiesta, procura desarmar el enojo de su dueño.

Dócil y manso cual ninguno de los animales, aprende cuanto se le enseña, y ayuda alguna vez al invalido á ganar el sustento con sus habilidades, sirviendo de lavaville al ciego. Su claro instinto le hace recibir, por decirlo así, una educación acomodada á las costumbres de la casa que habita, tomando los modales de las personas que le rodean: así es que se muestra agreste en el campo, doméstico y gracioso en la ciudad como los demás criados.

Atento siempre al servicio de su amo, el perro es cariñoso y afable con los amigos de la casa, indiferente con los poco conocidos, y regañon e irritable con las gentes de aspecto ancha y desaliñado.

Vigilante por la noche, y oculto, por decirlo así, de la confianza que en él se pone, avisa con sus ladidos al menor ruido, y defiende su puesto con intrepidez.

El perro es el emblema de la fidelidad, y con razón se le llama el primer amigo del hombre, que sin su ayuda no habría podido sujetar á los demás animales.



.....¿Acabais de llegar á la abadía?..... (pág. 150)

das no tendrá el alma de un tierno niño, de las que más adelante brotarán los excesos, desórdenes, malos hábitos, vicios, &c.....

¿Hay un solo viviente en este mundo de corrupción, que no se quize de una infancia desviada?

LA INFANCIA.

¡Pobre humanidad! dice Staël. ¡Pobre, infeliz y triste infancia! puedo decir con mucha más razón. Los adultos están preparados contra la multitud de males que les rodean; pero la infancia, sin ningún recurso y sin defensa, se ve sujeta á la funesta imprevisión, y recibe por do quiera infinitas heridas que destilarán sangre hasta el sepulcro. ¡Cuán fatal descuido en el desarrollo del alma humana, y qué dolorosa acusación contra los padres y educadores...!!!

La flor que nace en la primavera, picada por la aguja más fina, conserva la herida en los últimos días del otoño. ¡Cuántas de estas insignificantes heri-

das, porque la infancia es la raíz de la vida, y si la raíz es mala, el árbol no dará frutos razonados.

Si un homicida, un ladrón, un vicioso y un hombre de conciencia peca, pudieran profundizar su infancia, verían como en un espejo el tónico primitivo,

lo mismo de sus malas que de sus buenas acciones.

Además del cuidado corporal del niño, es indispensable también no descuidar la parte moral, esto es, sus primeras impresiones morales.

El desorden, la suciedad y la porquería de los objetos, impresionan al niño, porque somos el espejo del medio en que hemos vivido, somos hijos de nuestra madre, de nuestra nodriza, de nuestra escuela y de los compañeros de juego. Es preciso que los padres vigilen muy de cerca a sus tiernos niños, pues no temiendo en sí mismos la fuerza de resistencia, son dominados por lo que ven y oyen. Descuégansen, repito los educadores de estas delicadas flores, que los defectos de los criados y malas compañías influ-

yon lastimosamente en los niños, y perciben el contagio de las sordidas costumbres.

Los siete pecados capitales pueden despectarse en su alma en la primera edad de la vida, y aún cuando el niño no perciba de sus padres lecciones de cólera, de sensualidad, de lujuria, de mentira, de blasfemia o algún otro vicio, rara vez le preserve del influjo de los criados y de la corrompida juventud que le dan tales ejemplos.

No me cansaré de decir a los padres y tutores, que reflexionen cuál es el objeto de la primera educación; este es preparar y formar en el niño el hombre ya hecho, y armarle contra los peligros que más adelante amenazarán su inexperiencia y su



El Perro (pág. 147)

ligereza.

El hoy, con pruebas inequívocas, se ve a la juventud que al salir de las Escuelas públicas para no volver a frecuentarlas, entonces empieza para ella una nueva educación; un mundo corrompido se apo-

dera de ella, y exhausta de la vigilancia, entra en el camino de la seducción, de las máximas cómodas y de la libertad de decirlo y hacerlo todo. ¿Y quién podría salvarla de tantos peligros, a no ser que la severa creencia de la religión haya fortificado

sus corazones contra los embates del vicio, malas costumbres y la tempestad de las pasiones?

Arrojarse en medio de un mundo corrompido una juventud destituida de principios morales, es arrojarse un navio sin timon y sin piloto, cuando el mar está embravecido. Esto prueba lo que dice un ilustrado escritor: "Habia creído, decía, que era posible ser virtuoso sin religion; pero estoy desengañado de este error."

Pero sobre todo, escuchad las palabras del que tomó carne por nuestra redencion: "No escandalicéis á uno de estos pequeñuelos." En otra parte: "El que recibiere en mi nombre á uno de estos niños, á mí recibe."

FRANCISCO SANTIAGO.

INFANCIA DE UN GRAN MINISTRO

(Conclusion) (1).

—Tranquilízate, pues le encontraremos y volverás á su lado. Pero debemos creer que para haberte confiado de este modo á merced de la Divina Providencia, sin duda le han aconsejado gravísimas razones tan grande sacrificio. ¿Erais pobres?

—¡Oh, sí... muy pobres! repuso el niño. Elimando no podía ya trabajar, y yo no soy todavía bastante fuerte para serle útil: muchos días nos ha faltado pan...

Los religiosos se miraron unos á otros con marcadas señales de conmiseracion.

—Dime, querido, le preguntó el abad, ¿querrias servir á Dios, como nosotros, estudiando, escribiendo y cantando en el coro?

—¡Me preguntais si querria yo eso! exclamó Sugiero alegremente; sería para mí una verdadera felicidad. ¡Y qué! ¿No me ha ordenado la Santísima Virgen, en un sueño, que sea su humilde siervo?

—Veo en tí muy buenas disposiciones, y el tiempo nos dirá si cumples lo que ofreces.

Después de Maitines condujeron al niño al interior del convento. No bien amaneció, cuando se hicieron mil pesquisas para encontrar á Elimando; pero todas fueron infructuosas, pues se habia ausentado del país. No tenemos necesidad de describir el dolor de Sugiero, cuyo pensamiento se fijaba sin cesar en aquel venerable anciano que, elevando la ternura hasta el heroísmo, se habia privado voluntariamente del con-

suelo de sus últimos años. Léjos de pretender que cesase bruscamente tan legítimo dolor, los buenos religiosos procuraban suavemente moderarlo y combatirlo por medio de inocentes distracciones. No tardó el estudio en obrar una poderosa distraccion en el espíritu de Sugiero, que se entregó á él con un ardor y una perseverancia infatigables. Todo sonreía á su imaginacion, pues ora se alimentaba de textos sagrados, ora trazaba con el pincel sobre finísima cartulina ó vitela esas grandes y bellísimas letras de bermellon, de azul, de oro y de plata, que todavía admiramos hoy en los manuscritos de aquella época. Apenas habian transcurrido algunos años, y ya era Sugiero el mejor discípulo de la abadía. D. Adan, encomiando paternalmente sus rápidos progresos, decía de continuo:

—Leo en la frente de este jóven la sagrada voluntad de Dios: ó yo me engaño mucho, ó Sugiero está llamado á brillantes destinos. Es nuestro hijo adoptivo, y tal vez, después que yo muera, llegará á ser vuestro padre.

Acostumbraban entónces los reyes de Francia enviar á la abadía de San Dionisio á sus herederos presuntos. Allí recibian los jóvenes príncipes una educacion esmerada, al abrigo de la seduccion de los placeres y del peligro de las adulaciones. Nada convenia tanto al aprendizaje tan difícil de la ciencia de reinar, como aquella vida sosegada y cenobítica: los príncipes no se diferenciaban de los demás monjes, y sus estudios no eran ménos severos.

Cierta dia se paseaba Sugiero solo y pensativo á la sombra de los árboles del monasterio: pensaba en el magnífico descubrimiento que habia hecho, encontrando en la biblioteca del convento las obras de Horacio, sepultadas entre el polvo y el olvido. De pronto divisó sentado en un banco de piedra á un adolescente, cuya fisonomía grave y meditabunda revelaba al mismo tiempo un carácter dulce y resignado. Los dos jóvenes cambiaron una mirada simpática: les bastó un instante, una palabra, un apretón de manos, para convencerse de que serian amigos y de que sus almas eran hermanas.

—¿Acabais de llegar á la abadía? le preguntó Sugiero.

—Hoy mismo... Mas ¿cómo es que no os he visto entre mis jóvenes compañeros?

—Porque he estado trabajando en la biblioteca las estampas de una Biblia que queremos presentar á nuestro buen abad el dia de su santo.

—¿No sois Sugiero, el primer discípulo de los monjes?

—Soy Sugiero, sí, pero no merezco lo que habeis añadido, pues otros me ganan en instruccion.

—No extraño esa modestia, porque sé que ésta siempre acompaña al verdadero mérito. El recién llegado dirigió á Sugiero otras

(1) Véase el número anterior.

muchas preguntas, y luego le presentó la mano, diciendo:

—D. Adan tenía razón: Dios te ha predestinado: ten valor y prosigue tu camino. Si quieres aceptar mi amistad, te la ofrezco tan durable como mi vida.

—¡Oh, hermano mío! exclamó Sugiero vivamente conmovido: te doy gracias por tu oferta y te seré siempre adicto. Recuerdo, sin embargo, que nada me has dicho de cuanto te concierne.

—Es poco importante.

—Mas ¿no puedo al ménos saber tu nombre?

—Me llamo... Luis; hasta la vista.

El jóven se alejó corriendo; pero otro monje que se paseaba en aquel mismo sitio, y que por discrecion permanecía algo apartado, se acercó entonces á Sugiero y le dijo:

—Te felicito sinceramente.

—¿Por qué? le preguntó el primero sonriéndose.

—Por el afecto que te manifiesta el príncipe.

—¿Qué príncipe?

—Luis, hijo de nuestro soberano Felipe I.

—En verdad, respondió sencillamente Sugiero, me alegro de no haberlo sabido antes, pues el heredero de la corona de Francia conocerá que le amo por él mismo.

Desde el día en que se vieron por primera vez los dos jóvenes, estrecharon su amistad. Siempre estaban juntos en la sala de estudios, en la biblioteca y en la mesa del refectorio. Sus inteligencias se unian por medio del trabajo y su fe por medio de la oracion. Era un espectáculo que conmovia aquella intimidad fraternal entre el hijo de un monarca poderoso y el de un oscuro vasallo.

Llegó el año de 1099: Felipe I asoció á su hijo Luis al gobierno del Estado, y Sugiero permaneció solo en San Dionisio.

Aunque sostenido por la piedad y por el estudio, el pobre religioso conoció que se debilitaban sus fuerzas desde que cesó de ver al amigo que habia elegido su corazón. Afectado de una melancolía cuyos estragos ocultaba cuidadosamente, recorría triste la nave de la iglesia y los grandes claustros, llamando á un ausente, sin recibir la menor respuesta. En vano le habian designado unánimemente los monjes como su futuro abad, pues él se mostraba insensible á tan envidiable distincion, y aún la consideraba con terror, diciendo en su cristiana modestia, que debía ser una carga demasiado pesada para sus hombros.

Nueve años despues de la separacion, que tan peposamente habia afligido el corazón de Sugiero, el 29 de Julio de 1108, gritaron los franceses: *El rey ha muerto; viva el rey*. Pocos dias despues resonaron en las bóvedas de la abadía los ecos de marciales clarines: Luis VI iba á visitar á los religiosos, á sus antiguos preceptores.

Al saber Sugiero esta noticia, no consultó más que su alegría, y acudiendo al encuentro del jóven soberano se arrojó á sus piés y procuró tomarle la mano para besársela.

Luis levantó del suelo al amigo de su juventud, y le dijo despues de estrecharle en sus brazos:

—Tu puesto esta aquí, en mi pecho. Nuestra separacion ha sido larga, pero desde hoy viviremos juntos: tu talento y tus virtudes son indispensables para mi pueblo. Ven conmigo á Paris, donde quiero que vivas á mi lado, para que me ayudes con tus luces. Ven y serás mi mejor consejero, así como en San Dionisio fuiste mi mejor amigo.

ELEMENTOS DE DIBUJO.

Continuacion (1)

La figura geométrica formada por tres rectas se llama *triángulo*.

Por razon de sus lados se dividen los triángulos en *equiláteros*, *isósceles* y *escalenos*.

Los *equiláteros* tienen, como en la figura 15, sus tres lados iguales.

Los *isósceles* tienen dos de sus lados iguales, pero el otro no, como en la figura 16.

Los *escalenos* no tienen ningun lado igual á otro (fig. 17).

Por razon de los ángulos, dividen en *rectángulos*, *acutángulos* y *obtusángulos*.

Rectángulos (fig. 18) son los que tienen un ángulo recto.

Acutángulo (fig. 19) es aquel que tiene los tres ángulos agudos.

Obtusángulo (fig. 20) el que tiene un ángulo obtuso.

La figura formada por cuatro líneas rectas se llama *cuadrilátero*.

Segun la igualdad de sus ángulos y el paralelismo de sus lados, dividen en *paralelogramos*, *trapezoides*, *rombos*, *cuadrados* y *rectángulos*.

El *paralelogramo* tiene sus lados paralelos dos á dos, como puede verse en la fig. 21.

Trapezio se llama á aquel cuyos dos lados

(1) Véase el número anterior.

son paralelos entre sí, pero no los otros dos (fig. 19)

Trapezoide, el que no tiene ningun lado que sea paralelo á otro (fig. 20)

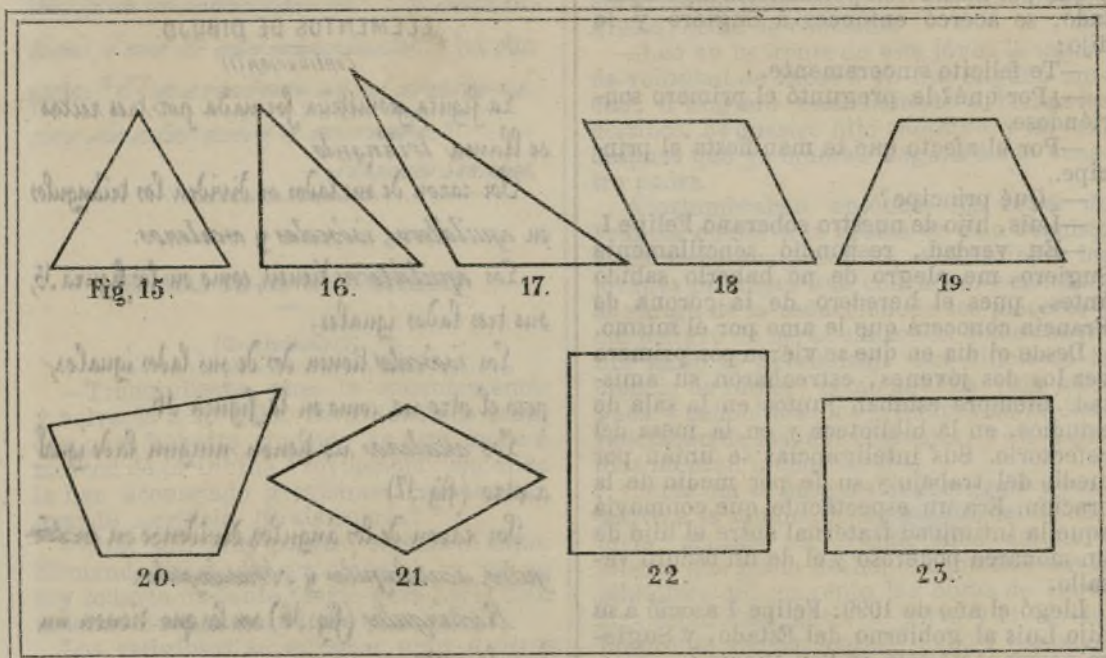
Rombo, el que tiene iguales sus lados y ángulos agudos (fig. 21)

El *cuadrado* tiene sus lados y ángulos iguales (fig. 22)

El *rectángulo* tiene sus ángulos iguales y los lados opuestos iguales tambien.

Ademas de estas clases de figuras llamadas poligonos de que nos hemos ocupado, conócense los *pentágonos*, *hexágonos*, *heptágonos*, *octágonos*, &c., segun tienen 5, 6, y 8 lados y así sucesivamente, pues su denominacion se compone variando únicamente el número griego que significa 5, 6, 7, 8, &c.

Se continuará



Elementos de dibujo. (Pág. 151.)

CORRESPONDENCIA

DE LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA

- D. A. M. L.—Montillana.—Recibido el primer semestre. Los números que pide se sirvieron el 15 de Mayo.
 D. M. J.—Santúcar de Barrameda.—No hay lo que pide.
 D. I. L. F.—Membrilla de Castrejon.—Recibido el importe de un año, y se remiten los números desde el 10.
 D. F. C.—Navascones.—Se le sirve la suscripcion. Puede mandar el importe del primer semestre en libranzas ó sellos de correos.
 D. F. L. L.—Almuniente.—Se sirven los tres ejemplares, y puede mandar el primer semestre en libranzas ó sellos de correos.
 D. B. G.—Ablitas.—El libro que pide no está concluido

ADVERTENCIA

Habiendo dejado de pertenecer á esta empresa D. José Balari, rogamos á los Sres. Suscritores de LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA dirijan la correspondencia á nombre de su único propietario D. Nicolas Gonzalez, calle de Silva, núm. 12.

MADEID: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12